

que dieron origen en el mundo antiguo, los primeros intentos de subdivisión de la tierra.

Jorge Gustavo Silva ha escrito un libro original, que debiera ser leído y meditado y que nos atrevemos a recomendar a los estudiantes de Derecho y en general a toda persona que desee conocer el desarrollo del concepto izquierda, hoy tan traído o llevado y aun desconocido por los mismos que lo invocan y quieren hacer creer que lo entienden. Igualmente el libro puede servir a los que condenan el llamado izquierdismo, sin conocer sus orígenes y sin saber qué cosa significó en la historia de las sociedades antiguas, generadoras de la presente.

André Gide y su viaje a Rusia

Al regreso de Rusia, André Gide ha publicado un cuaderno de notas muy personales. Al decir muy personales queremos advertir que Gide no se ha dejado guiar sino por la sinceridad de sus observaciones. Victoria Ocampo, directora de la interesante revista «*Sur*» de Buenos Aires, ha editado esta traducción española a la cual le ha puesto un breve prólogo. Gide cuenta sus impresiones y reflexiona con visible amargura. Pero no puede tomarse esta amargura como una negación del panorama ruso en el cual el autor de «*Corydon*» tiene una fe fervorosa. El pueblo niño que es Rusia le merece admiración. Los procedimientos de que se vale el Soviet le han dejado un zumo acre y desagradable. Un individualista como Gide no tolera la sumisión, ni la pérdida total de la libertad de expresión. Radica en esto su desaliento más hondo.

«Lo que ahora se pide es la aceptación, el conformismo— escribe Gide, página 63, de la edición «*Sur*».— Lo que se quiere y exige es una aprobación de todo cuanto se hace en U. R. S. S.; lo que se procura obtener es que esa aprobación no sea resignada, sino sincera y hasta entusiasta. Lo más sorprendente es que está llegándose a eso. Por otra parte, la menor protesta,

la más pequeña crítica es susceptible de las peores penas y, por otra parte, inmediatamente sofocada. Y dudo que en ningún otro país, aun cuando fuera la Alemania de Hitler el espíritu sea, hoy menos libre, más doblegado, más temeroso (aterrorizado) más avasallado».

Es un detalle entre muchos de esta pérdida de la libertad de crítica, de esta sumisión, que es lo que a Gide produce mayor desazón. No faltan en el libro que es breve, los capítulos destinados a elogiar muchos aspectos de la nueva Rusia. Conviene no tomar este libro al pie de la letra, porque la postura de Gide, de suprema independencia, le permite ser noblemente imparcial. Por su parte, Victoria Ocampo en el prólogo dice con mucha exactitud: «A quien dirigimos esta traducción es al lector desinteresado y con quien contamos es con él. Llamamos lector desinteresado al que tiene hambre y sed de verdad y no hambre y sed de argumentos en pro o en contra de una causa determinada».

El propio Gide confiesa en este libro una cosa noble, una cosa llena de grandeza. Dice: «Existen cosas más importantes a mi modo de ver, que yo mismo; más importantes que la U. R. S. S.: la humanidad, su destino, su cultura».

Y en verdad por encima de las doctrinas efímeras, por encima de los orgullos vacuos o los fanatismos estériles que dividen y encienden los odios y agotan el tesoro de la cultura, existe eso que dice Gide y que es lo más grande, lo más supremo: el destino de la humanidad, la libertad, la cultura.

El libro de André Gide es una voz libre en el tono sordo y lleno de estruendos apasionados que vive el mundo. Su lectura ayuda a comprender el estado de la Rusia soviética y lo que es más interesante la refracción de aquel ensayo en el espíritu de un escritor que no teme a la verdad y que sabe proclamarla aun a costa de internos desgarramientos. Y eso es siempre lo más grande en los documentos de un escritor.